

mil pies, y así gradualmente llegamos al Babispe, que forma en aquel punto una corriente rápida y estrepitosa, cuya profundidad llega hasta la cincha de las caballerías y es en muchos puntos más honda. Corre con dirección al norte, describiendo el curso oriental de la curva que forma al rededor de la Sierra de Nacori. Escogí para acampar una pequeña meseta sobre la margen derecha del río, entre pinos, encinas y crecida yerba, como á cuarenta pies sobre la superficie del agua. Se extendía una pradera á manera de parque, plantada de pinos, desde allí hasta unos tres cuartos de milla, á lo largo del río, y como de media milla de anchura. Cerca de nuestro campamento encontramos varias latas viejas cubiertas de orín, como las usadas para conservas. Una tenía la marca "Fort Bowie." No cabía duda que en aquel sitio se habían detenido antes que nosotros, probablemente algunas de las avanzadas del General Crook.

CAPÍTULO III

Á ORILLAS DEL BABISPE—FORTALEZAS Y RUINAS DE ANTIGUAS HABITACIONES—LOS ANIMALES COMIENZAN Á EXTENUARSE CON EL PASTO INVERNAL DE LA SIERRA—UN CAMPO DE APACHES ABANDONADO—AL FIN ENCONTRAMOS COMODIDAD—EL CARPINTERO GIGANTESCO—LLEGAMOS Á LAS COLONIAS MORMONAS DE PACHECO Y VALLE DE LAS CUEVAS (CAVE VALLEY).

TUVIMOS que permanecer junto al río Babispe por un poco de tiempo á fin de que descansaran los animales y estuviesen en las mejores condiciones posibles para las duras jornadas que seguirían. Tuve asimismo que enviar á Nacori por provisiones frescas. No era mucho, por supuesto, lo que allí se podía obtener, pero nos proveímos de cuanto pudimos encontrar en materia de comestibles; panocha y maíz. Ordenaba á mis criados que me llevasen el último en forma de pinole; esto es, molido á mano después de tostado, hasta que se convierte en menuda harina. Este es el alimento más común y fácil de conseguir en México. Un saquito de pinole constituye toda la provisión que un indio lleva consigo para un viaje de varios días ó semanas. Mezclándolo simplemente con agua, forma un sabroso atole algo indigesto para personas no acostumbradas á él. Preparado como sopa, resulta muy nutritivo y es alimento apropiado para las personas que andan en el campo. Además teníamos aún bastante harina para poderla distribuir entre todos á quince libras diarias, y nuestro repuesto de chícharos en latas y de conservas, aunque reducido, aun no se había agotado. Los tasajos se nos acabaron antes de llegar á la sierra, y nos era preciso atèrnos á nuestros rifles para obtener carne. Felizmente el bosque estaba poblado

de venados y había también pavos silvestres. Por lo tanto, no existía dificultad en cuanto á provisiones, bien que los americanos suspiraban por su amado tocino y calientes panecillos.

Los peces parecían escasear en aquella parte del río Babispe, ó al menos ningunos logramos sacar con dinamita, pues sólo obtuvimos cinco chicos: un barbo y cuatro rémoras, sin que el mayor pasara de una longitud de seis pulgadas.

El día de Navidad marcaba el termómetro, al sol, 150° F., pero aquella misma noche bajó la temperatura á 22.9°, ó sea una diferencia de 130° aproximadamente. El calor en el día era tal que hasta una víbora de cascabel, engañada por la temperatura, se atrevió á salir.

Nos esforzamos en celebrar la Navidad de una manera digna del sitio en que nos encontrábamos. No pudimos conseguir pescado para nuestro banquete, pero uno de los mexicanos tuvo la buena suerte de cazar cuatro pavos; y Ki, nuestro cocinero chino, nos dio la sorpresa de un *plum pudding*, cuyo mérito desconcertaría á quien quisiera describirlo. Estaba preparado principalmente con sebo de venado y residuos de duraznos, uvas y cáscaras de naranja, y nos lo sirvió con salsa de azúcar y mezcal. Este delicado manjar no tuvo precio para nuestros arrieros, quienes desde entonces deseaban pudín todos los días.

Ya en el alto Babispe encontramos de nuevo numerosas huellas de una raza desaparecida que debe de haber ocupado dichas regiones mucho tiempo antes de que los apaches hubiesen efectuado su importuna aparición. En realidad, durante todo nuestro viaje á través de la sierra, nos llamaba la atención el constante encuentro de toscos monumentos de un pueblo que hoy ya no existe. Hacíanse menos numerosos en la región oriental donde al fin iban siendo reemplazados por las habitaciones de grutas de que hablaré después.

Desde que entramos en la sierra de Nacori, notamos más que nunca por donde quiera bajas paredes de piedra, parecidas á las que habíamos visto en los cerros inferiores, restos evidentes de pequeños aposentos. Mientras más penetrábamos en las montañas, mayor número de muros había que se alzaban á una altura como de tres pies, y que probablemente sirvieron alguna vez para sostener vigas ó techos de paja. Todas las casas eran pequeñas, por lo común de sólo 10 ó 12 pies en cuadro, y encontrábanse sobre la cima de los cerros ó en su falda. En una cumbre vimos sólo dos trazos de habitaciones, muy próximos uno de otro.

Las piedras que formaban tales paredes estaban superpuestas con cierta destreza. Eran angulares, pero no mostraban señal alguna de corte, y sólo algunas parecían haberlo recibido por fractura. Los intersticios entre las piedras principales se habían rellenado de ripio para contribuir á la solidez del muro. Ni en aquellas ni en ningunas otras paredes de piedra había indicios de barro ni argamasa que hubiera servido para cubrir las piedras.

En lo alto de una cima de las montañas situadas al sur de Nacori, á elevación de 4,800 pies, encontramos restos bien conservados de esta clase de habitaciones. La casa, consistente en un solo cuarto de diez pies cuadrados, era de grandes bloques de lava. Los mayores medían dieciocho pulgadas de longitud por media pulgada de grueso, y eran de anchura proporcional.

Medían las paredes como tres pies de altura y pie y medio de espesor, y por la cantidad de residuos de piedra que había junto era de admitirse que habrían tenido una altura de cuatro ó cinco pies. No había vestigios de entrada en la esquina que daba al noroeste. Abundantes fragmentos de cacharros se veían esparcidos en torno, algunos de color gris y rojos otros, pero sin ningún adorno, á no ser una delgada lista que se distinguía en los pedazos rojos.

En la sierra de Nacori, sobre la cumbre de una colina y

á altura como de 6,500 pies, hallamos dos chozas de paredes análogas. Los bloques de áspera felsita de que estaban compuestas, eran extraordinariamente grandes en relación al reducido tamaño de los cuartos. Midiendo el bloque más grande hallamos que tenía dos pies de largo, tres pulgadas de ancho y ocho de espesor, y había muchos otros casi de igual tamaño. Pero sólo una hilera de dichas piedras quedaba completa. Aunque había trincheras bien construídas en todos los arroyos de los alrededores, no aparecían huellas de utensilios ni vasijas de barro en aquella colina.

En la pendiente occidental de la sierra de Nacori, y encima de otro cerro, á una altura de 6,400 pies, encontramos numerosas plantas de toscas construcciones, donde algunas de las paredes de cascote tenían un grueso de quince pulgadas. Formaban grupos de cuatro ó cinco viviendas, cada una de diez pies por doce; pero al norte de aquel punto había una planta mayor, aproximadamente de dieciocho pies cuadrados, más no era suficientemente distinta la disposición completa de ella para permitirnos trazar sus contornos exactos.

No escaseaban los fragmentos de cacharros, pero ni por su número ni por su importancia podían compararse con los encontrados cerca de las ruinas del suroeste de los Estados Unidos, junto al río Gila, por ejemplo. Algunos de los tiestos tenían un grueso de tres cuartos de pulgada, y tamaño bastante para indicar que habían formado parte de un gran jarro. Eran de barro ordinario, de color gris ó pardo. Algunos mostraban tal cual pulimento y descubrían claramente en su exterior la marca dejada en la superficie por las fibras de una tela tosca; otros estaban adornados con incisiones. Recogimos un tiesto delgado de color rojo, realmente curioso; pero en el que no había ninguna ornamentación. Encontramos además algunos moldes de felsita, algunas lascas informes y varios pedazos de grandes metates.

En el valle formado entre las montañas del alto Babispe,

encontramos muchas casas análogas. Los grupos de ellas que hallamos, parecían compuestos por gran número de habitaciones. Los parapetos, construídos también de piedras sin labrar, al rededor de los desiertos pueblecillos, iban siendo el rasgo característico de las ruinas. Aun á la vista de nuestro campamento había un parapeto semejante de seis pies de alto, y ruinas de casas junto á él. Descubrimos también un antiguo pueblo formado de treinta casas, de las pequeñas dimensiones susodichas, pero no todas iguales en cuanto á la forma, pues unas eran redondas, otras triangulares, pero rectangulares las más, midiendo ocho pies de longitud por diez de anchura. Á ambos lados del pueblo corría una doble muralla, en tanto que á los otros dos lados limitábalos un simple muro construído según el mismo sistema. Evidentemente aquellas paredes tenían por objeto proteger al pueblo en tiempo de guerra.

Como á cinco millas al sur del lugar en donde acampamos, tuerce el río hacia el oriente, y dos millas abajo recibe del occidente un tributario. Siguiendo un día el quebrado cordón sobre la margen oriental, volví luego hacia el norte y ascendí á una montaña aislada que se alza como á 1,500 pies sobre el río. Hay una pequeña explanada en la cima, donde alguna vez estuvo construída una fortaleza con muros de toscas piedras, de una altura de dos á seis pies y de un espesor de tres pies. Tenía como cincuenta pasos en una dirección, y como la mitad de dicha longitud en la otra. Podían determinarse lugares que habían sido ocupados por casas, y dentro del parapeto se podía distinguir la planta de tres pequeños cuartos.

Junto al mismo Babispe fotografié una trinchera como de ocho pies de alta por treinta de larga, y uno de mis exploradores vio otra que tenía por lo menos quince pies de altura.

Resolví cambiar mi campamento á milla y media abajo del río y en la margen derecha, sobre un cordón donde uno

de mis exploradores mexicanos, Masón, había descubierto algunas ruinas. Aquel lugar era muy agradable después de salir del fondo del valle, bastante frío, donde habíamos estado, y que por la mañana se hallaba generalmente cubierto por densa neblina. En este desfiladero había muchas huellas de que estuvo ocupado antiguamente, como parapetos y casas divididas en pequeños departamentos. Los parapetos se tendían al norte y sur de las fachadas, justamente sobre el borde del angosto desfiladero. Este era barrancoso por el sur, pero por el norte recorría una suave hondonada hacia el próximo cerro más elevado. El material de construcción era una especie de felsita de grano compacto, gruesos fragmentos de la cual se habían utilizado en la construcción de los parapetos. Dichas piedras tenían por término medio, treinta y cinco pulgadas de largo, veinticinco de grueso y quince de ancho; mientras que las piedras usadas en las paredes de las casas medían por término medio, catorce, nueve y siete.

En el extremo occidental del desfiladero, hay un pequeño grupo de casas, que designaré por comodidad con el nombre de "ruinas del Masón." Su construcción era evidentemente superior y los muros estaban mejor conservados que todos los que habíamos encontrado. Podía fijarse con toda prontitud la planta de ellas, excepto en un corto espacio del ángulo suroeste. Las paredes se levantaban de tres á cinco pies, y tampoco se advertía en las piedras más corte que el causado por medio de fractura. Se levantaban sobre arcilla gipsífera, de la que había una capa junto á la esquina suroeste. Esta arcilla es muy semejante al material usado por los moquis para blanquear sus casas. Las piedras mismas eran de felsita, muy abundante en la localidad. Los bloques tienen un tamaño medio de doce pulgadas en cuadro por seis de espesor. Era de notarse que no se había puesto ningún cuidado para unir las esquinas y las paredes divisorias; pero sí se había tenido mucho en construir las



Nuestro campamento en la Sierra.

paredes verticales, y los ángulos eran realmente buenos. Los muros tenían casi doce pulgadas de gruesos, y evidentemente no habían sido nunca revocados por dentro.

Como esas ruinas están revestidas de cierta mezcla, blanquean á distancia, por lo que los mexicanos las llaman *Casas blancas*. Oí hablar de un extenso grupo de construcciones análogas cerca de Sahuaripa, y hay también algunas ruinas de la misma categoría junto á Granados y en los cerros situados al oriente de Opoto, que pertenecen sin duda á un período más reciente que las rudas estructuras de piedra antes descritas. La mayor parte de las antiguas ruinas de la sierra corresponden á tribus procedentes de tierra baja, y que sólo en épocas comparativamente recientes han desaparecido. Noté también que fueron construídas por una tribu de indios distinta de las que levantaron las habitaciones en las grutas del oriente y del norte de la Sierra Madre y en el campo oriental de la misma, y pueden con seguridad atribuírse á los ópatas.

Á pesar de todo, los animales no iban aventajando mucho sobre la grama y la yerba de aquellos lugares, y me tenía perplejo ver como se iban debilitando. La yerba de la sierra, que se veía entonces gris, no parecía muy substanciosa; era, pues, evidente que mientras más avanzáramos en nuestro viaje, sería mejor. Para cuidarlos en lo posible, reducíamos la carga de las mulas y de los burros á la mitad del peso acostumbrado, volviéndolos al siguiente día por el resto de la carga. Por este medio y reforzando á las pobres bestias con una prudente ración de maíz, logré vencer la más seria de las dificultades que amenazaba paralizar toda la expedición.

El 31 de diciembre entramos en una empinada senda en zigzag que nos habíamos abierto, y seguimos al norte y al oriente entre tortuosas quiebras. Llegamos á una serie de mesas encadenadas, pero cuyos desfiladeros no dificulta-